

Nadie como Francuccio, el más pequeño de los alumnos de Barbiana, para seguir atento la indicación del índice de su maestro: la justicia. Basta mirar la web del Centro Nuevo Modelo de Desarrollo (en Vecchiano, Pisa) para comprender su interés en descifrarnos los entresijos económicos del sistema; los que la escuela esconde e ignora y, con ello, se pervierte. Mira www.cnms.it

La crisis desafina al coro

Francesco Gesualdi

Exalumno de Barbiana, Pisa (It)

Se habla de esta crisis como de una crisis financiera. En realidad se trata de una clásica crisis de injusta distribución de la riqueza, como el resto de las que ya ha vivido el capitalismo. También ahora la cuestión financiera ha sido la avería que ha puesto al descubierto la crisis, pero si queremos comprender lo sucedido tenemos que empezar por la globalización.

Estamos al final de los 80, las multinacionales se revuelven tratando de salir de los confines nacionales, reivindican la posibilidad de poder colocar sus productos de un extremo al otro del mundo sin atadura alguna. Traman, trafican, vocean y consiguen alcanzar su objetivo, pero después descubren que el gran mercado mundial no existe: sólo un 30-35 % de la población tiene dinero en su bolsillo para absorber sus productos; todos los demás son lastre inútil. Así que muchas empresas tratan de arrebatarse los pocos clientes, lanzadas a una competencia feroz que llega incluso a la rebaja de los precios. A las empresas les interesa ganar; si se ven obligadas a disminuir los precios se las arreglan para reducir también los costes, y el trabajo acaba por verse agredido. En los sectores de alta tecnología la estrategia elegida es la automatización, en otros sectores se opta por transferir la producción a países con bajos salarios.

Surge un mundo nuevo caracterizado por un Sur abarrotado de trabajadores en semi-esclavitud y un Norte con aumento de parados y trabajadores precarios mal pagados. El resultado es una clase trabajadora mundial más pobre, pero los empresarios se frotan las manos: del 2001 al 2005 la cuota de riqueza mundial saldada como beneficios ha crecido un 8 %. Lo cual tiene



dos consecuencias. Antes que nada la explosión de las finanzas; un efecto debido a la desconfianza de los capitalistas en la capacidad de ventas del sistema. Su razonamiento es sencillo: cuando la masa salarial descende, las perspectivas de venta disminuyen; es inútil invertir en nuevas actividades productivas. Mejor lanzarse a la especulación, al enriquecimiento a través del azar, la compraventa de inmuebles y de títulos sin que importe si son verdaderos o falsos. Lo importante es permanecer en la mesa del juego, llevar dinero a casa en cada jugada. Ya se verá después.

La segunda consecuencia es la explosión de la deuda: cuando los sobres con la paga adelgazan, el riesgo es que el círculo entre lo que se produce y lo que se vende ya no cierre. Para recuperar la estabilidad se requiere más igualdad en la



distribución de la riqueza, pero al sistema no le gusta esta perspectiva; mientras puede, pospone la decisión con parches, busca la cuadratura del círculo en el endeudamiento. En cada esquina de la calle, bancos, institutos financieros, concesionarios, supermercados dispuestos a ofrecer a los pobres y menos pobres, préstamos, compras a plazos, préstamos al consumo: al alcance de la mano el sueño de una vida por encima de las propias posibilidades.

Por todas partes las familias han mordido el anzuelo; en Italia, por ejemplo, en 2008 la deuda total de las familias correspondía al 70 % de sus ingresos anuales, alrededor de 16.000 euros por familia. Aunque el país donde las familias se han entrampado más es Estados Unidos; el cebo ha sido comprarse una casa. En la euforia de los negocios se han ofrecido préstamos aun a las familias económicamente débiles, préstamos sin garantías realizados a través de complejas actividades especulativas que han enredado bancos, aseguradoras, fondos de inversión y fondos de pensiones. Todo iba bien mientras las tasas de interés eran bajas, las casas seguían revalorizándose, pero cuando la tendencia se ha invertido, muchas familias ya no consiguen restituir los préstamos y el castillo entero se ha derrumbado. Han empezado las primeras quiebras de bancos, ya nadie se fía de nadie, toda la actividad crediticia se ha paralizado por

falta de confianza recíproca, bancos y empresas han comenzado a hacer aspavientos por falta de fondos. En el fondo las finanzas tienen más de psicología que de ciencia.

Al manifestarse la crisis financiera, también ha salido a la superficie lo podrido del



fondo: economías enteras se han atascado por la incapacidad del consumo para absorber la producción. Al final de 2008 el sistema ha tenido que aceptar el estado de crisis y ha pedido a los gobiernos, los únicos con grúas adecuadas, que intervengan. Con un único objetivo: sacar el coche de la cuneta y volverlo a poner en condiciones de seguir su marcha. A levantar bancos y empresas se han destinado miles de millones de euros; a fuerza de tirones, probablemente el coche saldrá y se pondrá de nuevo en la calzada. Pero hay serias dudas sobre que pueda volver a correr, porque también la carretera está gravemente dañada: a fuerza del tránsito se han formado baches por todas partes, en muchos sitios

el firme se ha quebrado; si el coche pretende correr saltará en pedazos. La única posibilidad es frenar, dotar al coche de amortiguadores más sólidos, poner al volante un conductor más prudente.

Fuera de metáfora. Los recursos se están agotando, el clima enloquece, las tensiones sociales se agravan, para evitar volcar hemos de pasar de la economía del crecimiento a la economía del límite, de la economía del cowboy a la economía del astronauta, pero también de la economía de la precariedad a la economía de la seguridad, de la economía de la avaricia a la economía de los derechos. Podremos llamarla economía del bien vivir o economía del respeto, una economía justa, sostenible

y solidaria, capaz de garantizar a todos una existencia digna en el respeto al planeta. Es un camino que hay que emprender enseguida porque la doble crisis, ambiental y social, ya no nos deja más tiempo. Aunque sabemos que el cambio no podrá ser más que gradual, sólo se hará a través de un cambio de mentalidad y de comportamientos de los ciudadanos, de las instituciones y de las empresas. Y hoy, que miles de ciudadanos se juegan el despido, que los ingresos de muchas familias se arriesgan a no cubrir ni las necesidades fundamentales, hay que actuar contemporáneamente en dos planos: el de la emergencia y el del vuelco del sistema a una lógica de derechos. [Febrero 2009]. ■